

tán en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí una cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa, llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándolos que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré de tí como informa un General de un Oficial quando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haría sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Hora bien (añadió) ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando. Vmd. es inclinado á las empresas arduas y peligrosas; yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió, aquella dama, cuyo amor te hizo emprender lo que emprendiste, te está todavía muy dentro del corazon; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida tranquila y sosegada á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberla restituido sus muebles estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle en pocas palabras le conté toda la his-

to-

toria de la dama, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un ayre fiero, y me dixo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazon tan vil y baxo, que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones. Pero escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mí... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al figonero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada qual por su camino.

CAPITULO III.

Dexa Gil Blas á Don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un petimetre.

Quando salimos del figon, y nos estábamos despidiendo uno de otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez

se

se volvió á mirar con cuidado al capitán. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante personage. A la verdad la traza de Rolando no excitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, cara larga, y nariz de papagayo; y aunque no era desgraciada la figura, tenia no sé que trazas de un grandísimo bribón.

No me engañé en mi sospecha. Quando Don Bernardo se retiró á casa por la noche le hallé enteramente preocupado contra la catadura del capitán, y muy dispuesto á creer todas las cosas que yo le pudiera contar, si me hubiera atrevido á confesarlas. Gil Blas, me dixo, ¿quien era aquel paxarraco con quien te ví salir del figón? Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas; y como me viese embarazado en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dixo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid aquel alguacil, con motivo de haberle

asis-

asistido en cierta enfermedad quando exercitaba yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte y tragar saliva? Señor, le dixe, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mío, vete en paz, y date por despedido. Un criado que trata con alguaciles no es lo que me acomoda.

Partíme inmediatamente, y fuíme en derecha á dar esta noticia á mi protector Melendez; el qual me dixo por consolarme que estaba haciendo diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto pocos dias despues me dixo: amigo Gil Blas, muy léjos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con Don Matias de Silva. Es un señor de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *petimetres*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo quanto se le ofrece: es verdad que todo va á fiado, pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y quando esto nó, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la quarta parte de la

par-

partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de Don Matias es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que, por respeto mio, hará de tí particular estimacion.

Miéntras íbamos caminando al palacio de Don Matias me dixo el mercader: pareceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas, cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones á diligencia alguna para conservarte siempre en su gracia. Su amistad te será de gran provecho. Pagaráte exáctamente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. Don Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y de nada ménos cuida que de los

los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegámos á la casa preguntámos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontraríamos en su quarto. Efectivamente le hallámos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El Mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader espalancó tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia, por lo ménos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me examinó de pies á cabeza, y me dixo con afabilidad y buena gracia que yo era el mismísimo que convenia á Don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase baxo su proteccion, y dexándome con él se retiró, despidiéndose con una multitud de cumplimientos. Luego que salió me dixo Rodriguez; yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paysano, y tomándole el talego le dixo: véámos si están aquí los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó

luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: ahora podemos ir, me dixo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta medio día, y ya es cerca de la una, que es la hora en que amaneca en su quarto.

Con efecto acababa entónces de levantarse Don Matias. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre el brazo de la silla, y era su ocupacion aderezar tabaco rapé. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor (le dixo el mayordomo) aquí está este mocito, que tengo el honor de presentar á V. S. para remplazar al criado que se sirvió despedir ántes de ayer. Su fiador es Melendez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. se hallará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que yo le reciba; yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablémos de otras cosas, pues has venido quando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi caro Rodriguez. Anoche estuve muy desgraciado en el juego; perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros docientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar quanto ántes este género de deudas. Estas son propriamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen
quan-

quando se pueda. Es preciso, pues, que busques en el día docientos doblones, y se los envíes á la Condesa de Pedrosa. Señor, respondió el mayordomo, es mas fácil decir que executar. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aquí, por la misericordia de Dios, le he podido soportar; pero no sé ya á qué Santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Quanto estás hablando es inútil respondió Don Matias, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar sobre mí el gobierno de mi hacienda. Por cierto que seria una muy buena diversion para un hombre como yo. ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido á que presto se veria V. S. libre de ese cuidado. Ya me cansas y me asasinas con tanta bachería, repuso enfadado el señorito. Déxame arruinar, sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos docientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero absolutamente que los busques, y los halles. Voy, pues, dixo Rodriguez, á ver si los quiere dar aquel viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Vé, y
re-

recurre aunque sea al mismo diablo, respondió Don Matias: como yo tenga los docientos doblones, todo lo demas no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, quando al irse el mayordomo entró en su quarto otro señorito mozo llamado Don Antonio Centellas. ¿Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí. Es cierto, respondió Don Matias: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi quarto me da un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas y me engullo el capital. ¡Gran bestia! Como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió Don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Quando el grandísimo ganapan, en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo: me dice que me pierdo, que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar yo la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es (dixo Don Matias) que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convento en eso, respondió Centellas... pero aguarda un poco (prosiguió reventando de risa) que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso

y

y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las scenas serias que cada dia representamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos da tanto enfado. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hubieres menester, y tú pedirás al mio el que yo necesitare. Dexarémoslos decir todo lo que quisieren, y nosotros los oirémos con orejas de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos: tú solo tendrás noticia de los mios; y verás como nos divertiremos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas, que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion: entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo, que apenas se le descubria un cabello. Quiso despedirse Don Antonio, y dixo: á Dios, Don Matias, que presto nos volverémos á ver. Quiero dexarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios serios. Nó, nó, respondió mi amo: estate aquí, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves es un hombre muy de bien, que me presta dinero á cinco por ciento. ¿Cómo á cinco por ciento? replicó Centellas como admirado. Vive Dios que has sido afortunado en caer en tan buena mano; yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quie-

re

re prestar ménos que á un diez por ciento. ¡Qué usura! exclamó entónces el usererísimo viejo, ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que hay otro mundo? Ya no extraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interes. El exórbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo ménos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí, y si todos mis compañeros siguieran mi exemplo no estariamos tan desacreditados. Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa y ofrecérsela á Vmd. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable cinco por ciento. ¡Mas ó Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escaséz me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de moral, que he procurado aprender para quietud de mi conciencia.

¿Quánto dinero ha menester V. S.? preguntó volviéndose hácia mi amo. Docientos doblones, respondió este. Quatrocientos traigo en un talego, dixo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de baxo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dexar con quinientos doblones en el
quar-

quarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y ví por experiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayor domo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dímas, dixo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexion, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato quando solo pedí á Vmd. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á Vmd. Tomaré, pues, esos quatrocientos doblones sobre el mismo pié, para excusarle el trabajo de hacer otro viage á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen eclesiástico, heredero de grandes posesiones, que emplea quanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres mugeres, que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, hála tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad (interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un pliego de papel) la tendrá

drá Vmd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor Don Matias se digne echar su firma en este papel. En virtud de él libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar. Me contento con él, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entónces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que inmediatamente firmó, silvando miéntras firmaba, sin haberle siquiera leído, ni permitido que le leyesen el papel.

Concluido este negocio se despidió el viejo de Don Matias, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, señor Dímas, soy todo de Vmd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al Estado: el consuelo de mil hijos de familia; y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que sufren sus rentas. Tienes razon, dixo entónces Centellas, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este, que se contenta con un cinco por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos petimetres para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de bien zarandeado le dexaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos y aun alguna cosa mas.

Luego que salió Rodriguez con el testaferr-

ro de sus maldades envió Don Matias á la Condesa de Pedrosa la mitad de los doblones por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faldriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero dixo muy alegre á Don Antonio: y bien, ¿en qué hemos de gastar el día de hoy? Pensémoslo un poco, y tengámos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centellas, que eso es ser hombre de juicio. Deliberémos pues. Quando iban á tratar de lo que habian de hacer, entraron otros dos señoritos, poco mas ó ménos de la misma edad, uno de los quales se llamaba Don Alexo Seguier, y otro Don Fernando de Gamboa. Luego que se viéron juntos los quatro comenzaron á darse tantos abrazos y besos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia, Don Fernando, que era de natural muy alegre, dirigiendo la palabra á Don Matias y á Don Antonio: y bien señores (les dixo) ¿dónde pensais comer hoy? Si no estais empeñados os quiero llevar á una casita de los cielos, donde beberéis un vitino de los Dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues así no hubiera perdido mi dinero.

Yo (dixo Centellas) quise tomarme anoche una nueva diversion, porque la variedad es ma-

dré de todo gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de estos ricazos que hacen sus negocios manejando los del Estado ; un acentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles exquisita ; la mesa propiamente cubierta y bien servida ; pero descubrí en los dueños de la casa cierta especie de ridículo , que me divirtió infinitamente. El dueño , aunque de nacimiento baxo y de educacion grosera , afectaba modales caballerescas y á lo grande. Su muger , bien que horriblemente fea , se imaginaba adorable , y decia mil necedades , sazoadas con un acento vizcaíno que las daba un gran realce. Fuera de eso estaban sentados á la mesa quatro ó cinco niños con su Ayo. Considerad ahora quanto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo , señores (dixo Don Alexo Seguíer) cené con una comedianta , con Arsenia. Eramos seis de mesa : Arsenia , Florimunda , una niña amiga suya , maja de profesion , el Marques de Zenete , Don Juan de Moncada , y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir equivoquillos galantes. ; Pero qué noche ! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son grandes ingenios , ni de las mas agudas : pero ¿ qué importa ? Su desembarazo y desenvoltura valen bien las mas delicadas agudezas. Son dos criaturas alegrísimas , vivacísimas y loquísimas ; y estas me gustan mas que las juiciosas , modestas , y mas discretas del mundo.

CA-

CAPITULO IV.

Adquiere Gil Blas amistad con los criados de los petimetres ; secreto que estos le enseñaron para lograr á poca costa la reputacion de hombre agudo ; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.

Prosiguieron aquellos señoritos en divertirse de esta manera hasta que Don Matias , á quien yo ayudaba á vestir , se halló en tren de poder salir de casa. Díxome entónces que le siguiese ; y todos los quatro petimetres tomaron juntos el camino de la casa donde habia ofrecido conducirlos Don Fernando de Gamboa. Comencé , pues , á marchar detras de ellos , juntamente con los otros tres criados , porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus respectivos amos , imitando su ayre y movimientos. Saludélos á todos , como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera , y uno de ellos , despues de haberme mirado atentamente por un breve rato , me dixo : hermano , cónozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad , le respondí , porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mí tambien,

re-